

Leonardo Gasparini

Recortes *

Capítulo 13

Introducción

“La desigualdad es una construcción social”. Esta proposición habitual, pretendidamente profunda, en algún sentido es trivial. La desigualdad es ciertamente un fenómeno social: pierde todo significado en el aislamiento. Desigualdad es diferencias y en consecuencia requiere comparaciones interpersonales, evaluaciones relativas. No hay desigualdad en la isla de Robinson Crusoe. Pero la desigualdad no sólo es un *fenómeno* social, sino también una *construcción* social. La desigualdad no es algo que simplemente ocurre, un fenómeno. Ciertamente, hay factores “naturales” que generan desigualdad en los resultados económicos: diferencias en talentos, en habilidades, en gustos, en predisposición al trabajo, en disposición a tomar riesgos, en suerte. Pero esos factores no actúan en el vacío; lo hacen en un contexto de normas, instituciones, reglas, costumbres, arreglos, acuerdos y poderes: en una *sociedad*. Ahora bien, dado que la forma como se organiza una sociedad es trivialmente una construcción social, entonces, por añadidura, la desigualdad en parte también lo es. Un determinado talento, un golpe de suerte o un acto corrupto pueden tener consecuencias económicas muy diferentes dependiendo como esté estructurado el sistema de premios y castigos en una determinada sociedad. No hay entonces en principio desacuerdo sobre esta proposición sencilla: la desigualdad es una construcción social. Pero acá se dividen las aguas.

En un extremo están quienes opinan que esa construcción social -la desigualdad- está impuesta por poderes, en contra de la voluntad y las preferencias de la mayoría de la población. Más aún, la desigualdad, aun en

* Este documento incluye recortes y material descartado correspondiente al libro *Desiguales* de Leonardo Gasparini (Edhasa, 2022). Por favor, no usar sin permiso.

mínimos niveles, no cumple ningún papel social positivo. En el otro extremo, opinan que la desigualdad es el resultado de las acciones libres de las personas y de las políticas del Estado que responden a las preferencias redistributivas de los ciudadanos expresadas mediante mecanismos democráticos. En ese sentido, la desigualdad resultante es socialmente “óptima”. Y ese “óptimo” no es cero, ya que cierto grado de desigualdad es por un lado justo – retribuciones más altas a factores meritorios como el esfuerzo o el talento- y por el otro económicamente eficiente, al generar incentivos al progreso.

Si el lector no se reconoce enteramente en algún grupo, no se preocupe. Ya hemos visto que la desigualdad es un fenómeno complejo, multidimensional: algunas desigualdades pueden responder al primer paradigma, y otras al segundo. Pero, solo por simplicidad, vamos a insistir con esas dos visiones del mundo. Esas dos visiones difieren en dos puntos fundamentales, los dos puntos que le dan nombre a este capítulo: las preferencias y la política.

Las externalidades de la equidad

Hay un argumento a favor de la equidad distributiva aun teniendo en cuenta solo el interés propio, y aun para personas de ingreso más altos, potenciales perdedores de una redistribución de ingresos. Es el argumento de las “externalidades” de la equidad. Como hemos argumentado en el capítulo 1, las sociedades más igualitarias suelen tener algunas ventajas sobre las más desiguales: son más armónicas, menos inseguras, menos violentas, más democráticas. En algunas dimensiones la evidencia parece sólida. Por ejemplo, las sociedades más igualitarias tienden a ser más seguras. Si esto es así, pueden surgir argumentos a favor de políticas redistributivas por motivos enteramente egoístas. Quizás vivir en una sociedad equitativa no me importe *per se*, quizás las políticas redistributivas me afecten negativamente desde el punto de vista económico, pero voto a favor de ellas porque me ayudan a “comprar” otros bienes que sí valoro: una menor inseguridad, un menor nivel de conflictividad, instituciones democráticas más fuertes.

¿Un juego de suma cero?

Se los llama *juegos de suma cero*: son aquellos en los que hay ganadores y perdedores. Más precisamente, lo que obtienen los ganadores es exactamente igual a lo que ceden los perdedores, por lo que la suma del resultado de todos los participantes es estrictamente cero. Los deportes y los juegos de mesa son en general juegos no cooperativos de este tipo: para que uno gane otro debe perder. ¿Es también la economía un juego de suma cero?

La visión de la economía como un juego no cooperativo en el que existen ganadores a costa de perdedores está muy extendida. Según esta perspectiva hay una cantidad fija de riqueza - la torta -, cuyo reparto surge como resultado de una puja de poderes. Las porciones más grandes de los poderosos solo son posibles limitando al resto a porciones más pequeñas. De hecho, el léxico habitual en temas distributivos alude a la imagen de una torta de tamaño invariable. Se afirma, por ejemplo, que el decil más rico se “lleva” el 30% del ingreso nacional, o que el primer decil “obtiene” el 4% del ingreso total del país.

Si la economía es un juego de suma cero, la prescripción para reducir la pobreza es muy simple: redistribuir de ricos a pobres. La creencia de la economía como un juego de suma cero lleva entonces a intensas demandas redistributivas. Otros afirman que la realidad no es tan simple; que el tamaño de la torta no es invariable; que cambia ante las perspectivas de su reparto. Si un país anuncia un plan ambicioso de igualar los ingresos, es probable que las reacciones inmediatas lleven a serios problemas económicos: lo que se prometió repartir ya no existe. La economía no es un juego de suma cero.

O al menos no lo es en el agregado. Pero puede serlo en ciertas situaciones particulares, en situaciones donde existen lo que los economistas llaman *rentas*: ganancias extraordinarias a repartir entre los actores de una determinada actividad, beneficios por encima del nivel “normal”. Supongamos que un empresario invierte un capital propio de \$100, con los que compra insumos por \$50 y paga salarios por \$50 para producir un bien o servicio que vende a \$130, obteniendo una ganancia de \$30. Asumamos además que si ese empresario invirtiera los \$100 en otro sector de la economía obtendría una ganancia de \$10, por lo que su ganancia extraordinaria o renta es de \$20. El punto central es el siguiente: la renta de \$20 es todo lo que el empresario puede resignarse a no ganar antes de dejar esa actividad. Si gana \$30 estará muy feliz, pero si gana algún valor menor, situado entre \$10 y \$30, también estará satisfecho de ganar más que en otra actividad alternativa y seguirá entonces con su negocio. Si en cambio, por alguna circunstancia su ganancia se reduce por debajo de \$10, preferirá cerrar e invertir en otra actividad. Esos \$20 de renta son entonces objeto de puja: el empresario quiere apropiárselos, pero también sus proveedores, y el Estado cobrándole impuestos y sus empleados presionando por aumentos salariales. Esos \$20, esa renta, es un botín en el que se da el juego de suma cero. Si se lo apropia el empresario, entonces no se lo apropia el trabajador, o el Estado. Pero si se quiere extender el botín no a los \$20 de renta sino a los \$30 de ganancia, el juego deja de ser de suma cero. El empresario abandonará el negocio, con lo que ya no hay excedentes para repartir.

En resumen, en las economías del mundo real existen rentas sobre las que se dan juegos de suma cero; pujas distributivas por porciones más grandes de una torta fija. Si los ciudadanos identifican estas situaciones, pueden tener demandas redistributivas fuertes aplicadas a esos casos específicos. Pueden presionar para que el gobierno fomente y facilite un reparto más parejo de las rentas, empoderando a quienes están del lado más frágil de la disputa. Pero esa visión no necesariamente debe extenderse al total de la economía, donde la idea de juego de suma cero no solo es ingenua sino que es potencialmente contraproducente.

De la desigualdad a la política

Así como la política afecta a la desigualdad, también la desigualdad económica afecta a la política. Un ejemplo extremo es el de las revoluciones. Muchas son las razones detrás de una revolución política, pero la desigualdad está siempre presente entre ellas. La Revolución Francesa de fines del siglo XIX y las revoluciones comunistas en la primera mitad del siglo XX son quizás los ejemplos paradigmáticos. Pero también en las revoluciones de la Independencia Americana el descontento con un trato económico desigual a los criollos fue un factor central que alimentó la rebelión.

Más acá en el tiempo, la desigualdad despierta descontentos sociales que se manifiestan políticamente de muchas formas: cambios en las preferencias partidarias, demostraciones e incluso violencia. En un estudio con un equipo de economistas y especialistas en ciencias políticas encontramos que en los países de América Latina la alta desigualdad está fuertemente correlacionada con la volatilidad en las instituciones políticas, la fragilidad en el cumplimiento de las leyes y el conflicto social. Muchos han señalado a los niveles altos de desigualdad como determinantes de las recientes manifestaciones de descontento popular, en países tan diversos como Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Haití. Datos de Latinobarómetro sugieren que, controlando por otros factores, las personas que perciben a la distribución como más inequitativa son más propensas a participar activamente en distintos tipos de protestas: quejarse en los medios de comunicación, manifestarse en las redes sociales, firmar peticiones o ser parte de una manifestación en las calles. El descontento social, vinculado con la desigualdad y las dificultades en alcanzar movilidad social ascendente es señalado por muchos como una razón central detrás del resurgimiento de gobiernos populistas, tanto de derecha como de izquierda, en el mundo.

Finalmente, hay un argumento que comentamos en el capítulo 1. El aumento exagerado de la desigualdad puede comprometer el funcionamiento normal de la democracia, ya que en un contexto de grandes disparidades de riqueza el sistema político podría ser más fácilmente capturado o influenciado por las élites más poderosas. Los mecanismos básicos de la democracia podrían debilitarse peligrosamente en un escenario de desigualdad exacerbada.